EL MONITOR DE LA CAMPANA.

OFICINA DE LA
 REDACCION:
 PLAZA
 DE LA
 "CONCORDIA."
 Editor:
 RODOLFO FIGUERAS

APARECE
 TODOS LOS
 DOMINGOS.
 —
 SUCCION:
 10 pesos
 por mes
 ANTICIPADOS.

ORGANO DE LOS INTERESES RURALES.

PUBLICA GRATUITAMENTE TODO
 ASUNTO DE INTERES GENERAL
 Y NO ADMITE PERSONALIDADES.

SE RECIBEN LAS CORRESPONDENCIAS
 HASTA EL MIÉRCOLES Y LOS AVISOS
 HASTA EL VIERNES A LA TARDE.

PUNTOS DE SUSCRICION EN BUENOS AIRES: AGENCIA DE DILIGENCIAS DE LOS SRRES. M. CABRERA Y OS. PIEDAD 251 — LIBRERIA DEL SR. GALLIARD, FLORIDA 16.

EL MONITOR DE LA CAMPANA
 E. DE LA CRUZ, NOVIEMBRE 16 DE 1873.

CLUB GENERAL MITRE
CANDIDATO PARA LA PRESIDENCIA
 EL CIUDADANO
D. BARTOLOMÉ MITRE.

COMISION DIRECTIVA:
 Presidente D. José S. Sosa.
 Vice idem " Epifanio Reinoso.
 Tesorero " Pedro Barreiro (padre.)
 Secretario " José A. Sosa.

VOCALES.
 D. Enrique Urien, D. Sandalio Sosa,
 D. Aniceto Casco, D. Salvador Cruz, D.
 Juan Perez, D. Faustino Intrriga, D.
 Miguel Salguero, D. Alejandro Castro,
 D. José Muñoz, D. Juan H. Moreno, D.
 Rodolfo Figueras, D. José Olivera, D.
 Diego Alcora, D. Robinson Regueira,
 D. Zenon Casco, D. Carlos Gill, D. Ge-
 rómino Azcurrain, D. Venancio Sosa,
 D. Pedro Barreiro (hijo), D. Asencio
 Caballero, D. Julio Atkins, D. Manuel
 Ponce de Leon, D. Gregorio Coria, D.
 Manuel Sosa, D. Fausto N. Sosa, D.
 Constancia Sosa, D. Julio Tisei, D.
 Marcelino Ordo, D. Simon Cruz, D. Eu-
 sebio Santellan, D. Joaquin del Marmol,
 D. Marcelino Insua, D. Estanislao Gue-

vara, D. Luis Costa, D. Eloy Carrizo,
 D. Angel Ponce, D. Ruperto Llanos,
 D. Manuel Rivero, D. Rufino Lopez, D.
 Matias Gonzalez, D. Venancio Olivera,
 D. Agaito Olivera, D. Ireneo B. Berra,
 D. Euterio Gaay, D. Ovidio Atkins,
 D. Juan Cavalieri, D. Juan Rivero, D.
 Avelino Villa, D. Eduardo Culligan, D.
 Emilio Costa, Sr. Dumonte.

Es preciso tomar algunas precauciones.

En el N° 124 del Monitor hemos dado a conocer a nuestros lectores que el paquete Argentino *El Po*, procedente de Genova, ha tenido siete muertos de cólera durante la travesía.
 «El Argentino» ha publicado un interesante trabajo del Dr Faavel sobre la transmisibilidad del cólera, y resulta de esta obra que el hombre es el agente de trasmision de dicha enfermedad. El comercio marítimo lo importa de Asia a los puertos de Europa, y el comercio y la inmigración la importan en seguida de Europa a los puertos de la América.
 Cuando se reflexiona en la inmensa cantidad de buques que cada día llegan a Buenos Aires, procedentes de Inglaterra, de Francia, de Italia, de Alemania, de Norte-América etc., países a donde reina actualmente el cólera; se reconoce la gravedad del peligro que nos amenaza.
 En semejantes circunstancias, toca

al Gobierno Nacional y al Provincial de tomar las mas rigurosas medidas preventivas y vigilar sin descanso por su efectiva ejecución; a nosotros, orgaño de la prensa rural, nos toca pedir a las autoridades y a la población de nuestra campaña a que tomen algunas precauciones, para que si desgraciadamente la chispa del incendio cae entre nosotros, no encuentre el viento tanto combustible para alimentar su voracidad y sus estragos.

Movidos por estas consideraciones, desearíamos ver las municipalidades de campaña poner en vigencia las disposiciones que se adoptaron durante la fiebre amarilla, organización de comités de salubridad etc. Esas disposiciones no tienen nada de vejatorio para el pueblo, y deberían ser permanentemente en vigor entre nosotros, donde la higiene es tan descuidada.

Nuestros pueblos de campaña, con sus cañales y pedregado, su detestable sistema de hórinas, su inmenso consumo de animales, cuyos residuos quedan en su cuido, sin ser beneficiados ni recibir ninguna trasformación, corrompen cada día mas su suelo, y con el aumento de su población, se exponen en un porvenir no lejano a catástrofes como las que han entañado a Buenos Aires estos últimos años.

Y ese deplorable abandono de las reglas primordiales de la higiene, siempre peligrosísimo en todas partes, lo es particularmente en un país como el nuestro situado bajo una latitud poco

elevada.

La observación de la actual invasión del cólera en Europa nos enseña elocuentemente el peligro de nuestro sistema de despreciar toda regla de higiene, a punto de envenenar para nosotros, y para nuestros hijos el suelo de nuestros pueblos y de nuestras ciudades. Efectivamente, mientras la enfermedad ha hecho numerosas víctimas en Polonia, en Italia y en Alemania, generalmente en ciudades poco importantes, Londres con su población muy superior a la de la República Argentina; París con una población un poco menor que la de Londres, pero mucho mas densa, han sido visitadas por el flagelo que ha desaparecido pronto, haciendo muy pocas víctimas, como si no hubiese encontrado elementos para desarrollarse.

Es que Londres y París poseen el sistema mas perfecto de aguas corrientes y de cloacas que se conoce en el mundo. Pero, que debemos esperar nosotros con nuestras ciudades sin obras de salubridad, con esa desidia que nos hace envenenar el suelo de nuestras moradas, el agua de nuestros pozos, bajo un clima muy distinto del de Londres y de París, y mucho mas favorable al desarrollo de las epidemias?

A mas de las medidas generales que hemos indicado, y que corresponde tomar a las municipalidades a los jueces de paz, hay otras particulares que cada padre de familia debe adoptar en su propia casa.

Conocido es el esbozo de nuestra fortuna que ha seguido a aquel, y todos los conocimientos que le han puesto en estado de ser un ciudadano útil, ganándole cierto grado de reputación entre los sabios; a la sinceridad y a la justicia la confianza de su país y los empleos honoríficos con que le han revestido; por fin, a la influencia remota de todas estas virtudes, aun en el estado de imperfección en que ha podido adquirir las, la igualdad de carácter y la jovialidad en la conversación que aun hacen apetecer su compañía, haciéndola agradable hasta a los jóvenes. Melisón, a pues que algunos de mis descendientes querrán imitar este ejemplo, y que no les sabrá mal haberlo imitado.

Se observará que aunque mi plan de conducta no se hallase enteramente faltos de principios religiosos, sin embargo no estaba en él ningún dogma propio de una secta particular. Este punto lo habia yo evitado de intento; porque estando perfectamente convencido de la utilidad y escelencia de mi método, y de que podría servir a los hombres de todas religiones, propúmiéndome además publicar algún día, no quería en él nada que pudiese excitar las preveniciones de ningún individuo ni de nin-

FOLLETIN.

EL LIBRO

HOMBRE DE BIEN,
 Opúsculos morales
 económicos y políticos
 extractados de
BENJAMIN FRANKLIN.

«Él. Me asemejaba a un hombre que habiendo ido a comprar una hacha en la tienda de un mercader vecino suyo, queria que todo el hierro estuviese tan brillante como el filo. El mercader convino en que lo puliría todo; pero a condición que habia de dar vuelta a la hacha al comprador. Este principió a hacerlo, mientras que el mercader apoyaba fuertemente el hierro sobre la piedra. Nuestro comprador, que hallaba aquel trabajo bastante penoso, dejaba de cuando en cuando la rueda para observar en que estado se hallaba la ope-

ración; pero cansado al fin, se decidió a tomar el hacha tal cual estaba. «No, no», dijo el mercader, «aun no hemos acabado, vuelva Ud., vuelva Ud sin cesar la rueda, que muy pronto el hacha esta á brillante como un espejo, pues hasta ahora no lo está sino por partes.» «No importa», le replicó el comprador, «mas me gusta salpicada de manchas.»

Creo que lo mismo les sucede a muchas personas que, por falta de algunos medios semejantes a los que yo empleaba, habiendo hallado demasada dificultad en adoptar algunas buenas costumbres, ó en dejar las malas, reanuncian a sus esfuerzos, y concluyen por decir que *el hacha esta mejor manchada*. Cierta cosa es que pareciera ser la razón mas sajaria tambien alguna vez que la suma exactitud, tal cual y la exigencia me sería quizás una parte de sí propia en moral, que habria hecho venir a costa mia, si hubiese sido conocida; que en carácter perfecto, podía experimentar el inconveniente de llegar a ser objeto de envidia y odio, y que un hombre que quiere el bien debe tolerarse a sí mismo algunas leves defectos, a fin de no parecer un censor a la vista de sus amigos. La verdad sea dicha; yo era incorregible en

cuanto al artículo de orden, y hoy que soy viejo y que mi memoria ha decaído, como que de un modo sensible que carezco de esta prenda. Pero en suma, aunque jamás haya llegado a la perfección que tanto ambicionaba alcanzar, sin embargo mis esfuerzos me han hecho mejor y mas feliz que si hubiera sido el no haberlo comprendido. A veces, como él que quiere formarse un buen carácter de letra por la imitación de los mejores arababos, aun cuando nunca logre copiarlos con la misma perfección, llego a menos por sus esfuerzos a mejorar su forma y a hacer una escritura limpia y legible. Tal vez sea útil que mis descendientes sepan que uno de sus antepasados; ayúdalo del favor de Dios, ha debido a éste pequeño expediente inagotable fecundidad de su vida hasta sus setenta y nueve años, que es la edad en que escribí estas páginas. Las desgracias que pueden sucederle en el resto de sus días están en las manos de la Providencia; pero si legara, la reflexión sobre lo pasado le dara fuerzas para soportarlas con mas resignación. A la templanza atribuye la prolongada salud, y lo que aun le queda de buena constitución; al trabajo y a la economía el bienestar que ha adquirido en su juventud.